

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

+La política y el fútbol van de la mano en la historia brasileña.

80

LETRAS LIBRES
JULIO 2014

MUNDIAL EL SÍNDROME BRASIL MI VIDA PARALELA COMO FANÁTICO DEL FÚTBOL

FRANKLIN FOER

A los diez años, cuando era apenas suficientemente grande como para comprender las verdades familiares, mi madre me habló del tiempo que pasó en campamentos de refugiados a lo largo de Alemania. Los horrores de los años previos habían sido tan inmensos que su madre se arrullaba imaginando una vida trasplantada en Brasil, hacia donde la mayoría de sus parientes vivos, oportunamente, habían escapado antes de la guerra. Pero todas sus plácidas fantasías sobre volver a empezar en los trópicos las arruinó una realidad xenófoba. Mis abuelos habían elegido uno de los peores momentos en la historia brasileña para llenar un documento de migración. Las cuotas los dejaron fuera. Se tuvieron que conformar con un destino más probable: Washington, D.C.

Mis abuelos se convirtieron en tenderos, vendían papas fritas y refrescos en la zona de Adams Morgan antes de que se aburguesara. En aquellos días, Brasil parecía ser el país de las calles pavimentadas con oro. Mi tío abuelo José llegaba de visita cargando maletas llenas de

dinero para depositarlo en sus cuentas neoyorquinas, donde permanecería protegido de la hiperinflación. José tenía la cabeza rapada a la Yul Brynner y un vozarrón que tiraba puertas; su dedo índice había sido troncado por un accidente en la granja de su juventud. Ese dedo era el que agarraba el fajo de billetes de veinte que con toda ceremonia me entregaba en cada uno de sus viajes. Parte del acuerdo, concluí, era que después de recibirlo yo tenía que saludar a esa mano arruinada.

Hasta mi adolescencia, las visitas brasileñas solo viajaban en una dirección. Cada año dábamos la bienvenida a un nuevo grupo de parientes, los llevábamos al mismo restaurante algo *kitsch* de mariscos y al White Flint Mall. Y cada año nos dejaban los mismos regalos. Llené todo un cajón de mi armario con playeras de fútbol amarillo canario que parecían ser demasiado exóticas para llevarlas a la escuela, pero que me enfundaba para ver los partidos del Mundial en el Centro Cultural Brasileño. Y en aquellos días, portando el uniforme nacional, me imaginaba la versión excéntrica que mis abuelos habían buscado. ¿Quiénes habrían sido mis amigos? ¿Qué haría después de graduarme? ¿Cómo sería vivir en un país en el que este juego importaba tanto?

Es posible contar la historia de Estados Unidos sin hablar de beisbol o de fútbol americano, pero la historia brasileña,

que en el fondo tiene que ver con la raza, carecería de sentido sin el fútbol. Hay muchos elementos de la cultura brasileña moderna —la samba, la feijoada, el Tropicalismo, *Orfeo negro*— que evocan una genuina sociedad multirracional. Pero la historia es brutal. Cuatro millones de africanos pasaron por el puerto de Río camino a las plantaciones. Después de que el Sur perdió la Guerra de Secesión en Estados Unidos, diez mil confederados migraron a la vieja colonia portuguesa —uno de los últimos lugares en el mundo en que podían practicar la esclavitud al estilo Dixie—. De hecho, la esclavitud sobrevivió en Brasil hasta 1888, y estaba aún en práctica al llegar inventos como el teléfono y el automóvil.

La llegada del fútbol coincidió con la emancipación. Llegó en la persona de Charles Miller, el hijo de un migrante escocés, quien trajo dos balones de fútbol consigo a São Paulo. El juego que practicaba con sus amigos pronto se volvió una moda, a la que se sumaron los esclavos recién liberados que llegaban a las grandes ciudades.

Los brasileños blancos nunca recurrieron a leyes de segregación como las de Estados Unidos, pero no por eso hay que aplaudirlos. Tenían sus propias teorías acerca de la superioridad de la raza. Los prejuicios provocaron que hubiera una división profunda en las élites brasileñas al momento de admitir a personas de color en sus recién estrenadas



Fotografía: Getty Images

ligas y equipos de fútbol; fronteras que los jugadores transgredieron cautelosamente. En su partido debut para un club de Río, un jugador mulato intentó ocultar el color de su piel aplicándose un poco de polvo de arroz; su treta falló, sin embargo, a cuenta del sudor. Hasta la fecha, a su equipo, el Fluminense, se le conoce como “polvo de arroz”.

A las alineaciones únicamente de blancos, sin embargo, nunca les fue tan bien como a las integradas. Y, a fin de cuentas, el anhelo de victoria fue el que dictó la composición racial del fútbol brasileño. El equipo integrado que viajó al Mundial de 1938 jugó sorprendentemente bien contra las potencias europeas. Llegaron muy lejos en el torneo gracias a su estilo sui géneris de juego, lleno de fintas, gambetas y triquiñuelas.

Su actuación cautivó a la nación entera, y a un intelectual en particular: un joven antropólogo llamado Gilberto Freyre, que estudió en Columbia con el padrino de su disciplina, Franz Boas. En 1933, publicó un libro revelador titulado *Casa-grande y senzala*, un estudio de las plantaciones azucareras en la región noreste del país. El sistema de esclavitud que describía era radicalmente distinto del que se practicaba en Estados Unidos, y la mayor diferencia estaba en el sexo. Mientras que los estadounidenses desdénaban las relaciones sexuales entre los dueños y los esclavos por considerarlas algo profundamente vergonzoso, los brasileños tenían una perspectiva

distinta. El mestizaje era una necesidad, una parte aceptada de la vida. Más aún, Freyre argumentaba que era la fuente principal de la grandeza de la nación brasileña. La mezcla de razas había dado a luz a una nueva especie de hombre con rasgos increíbles —y, a su vez, esto había creado una sociedad nueva y más tolerante.

Con un giro pseudocientífico, Freyre transformó las ansiedades de su país en torno a la raza en una virtud trascendente. El equipo brasileño de fútbol se convirtió en una de sus fuentes de datos más importantes. “Nuestro estilo de juego —escribió en un ensayo de 1943— parece estar en contraste con el estilo europeo gracias a una serie de características como la sorpresa, la destreza, la astucia, la atención y diría que la brillantez individual y la espontaneidad, todas características que expresan nuestro ‘mulatismo’”.

Esta tesis se solidificó hasta convertirse en un creencia popular después del Mundial de 1958, que presentó al mundo a Pelé, la primera superestrella brasileña de color. En su magistral nueva historia del fútbol brasileño, *Futebol nation. The story of Brazil through soccer*, David Goldblatt apunta: “Casi todo el equipo tenía parásitos, algunos sífilis y otros estaban anémicos. En total se extrajeron más de trescientos dientes a los jugadores.” Su desempeño en la cancha, sin embargo, no dejaba ver ningún tipo de padecimiento. Pelé inició el torneo en la banca como un joven prospecto de diecisiete años. (Un psicólogo del equipo incluso aconsejó no incluirlo en la escuadra: “No posee el sentido de responsabilidad necesario para el juego de conjunto.”) Al final, anotó unos de los goles más memorables de la historia del deporte, llenos de esa gloriosa astucia descrita por Freyre —incluido el legendario gol de sombrerito en que elevó la pelota apenas por encima del pelo de un defensa sueco y la golpeó antes de que tocara el pasto—. Cuando su equipo ganó la copa, Pelé se desmayó y después lloró descontroladamente, una celebración que se volvió icónica al instante. El periodista deportivo más importante del país escribió que gracias a él se completó la abolición.

Con el tiempo, Brasil se volvió peligrosamente dependiente del fútbol. Se

convirtió en la manera de definir al país a los ojos del mundo, y tenía un papel desmedido en su sentido de valía. Las victorias en los sesenta y setenta eran tan sencillas que el país no solo exigía trofeos, sino que querían que esos triunfos se consiguieran practicando lo que Freyre llamó *futebol arte*, y lo que el resto del mundo conoce como *jogo bonito*, el juego bonito. Así lo deja ver la queja de un entrenador del seleccionado nacional que decía: “Llegó a un punto en el que le ganábamos 6-0 a Bolivia y un periódico de São Paulo nos acusaba de haber jugado muy defensivo.”

La presión casi intolerable sobre los entrenadores inevitablemente alejó al equipo de las genialidades de la improvisación. Las tácticas utilizadas para ganar el Mundial de 1994 —quizá la peor Copa Mundial de todas— aplastaron la inventiva y favorecieron el despliegue de jugadores duros y pragmáticos, con mayor habilidad para robarles el balón a los rivales que para encararlos y dejarlos atrás con un par de bicicletas.

Y el éxito trajo un costo mucho más grave que ese. Los dictadores y los aspirantes a dictadores hábilmente se aprovecharon del entusiasmo popular por el juego. Getúlio Vargas —el líder autoritario que presidió el país de 1930 a 1945— utilizó explícitamente el fútbol para crear un nuevo sentido de identidad nacional, una campaña de *brasildade* o brasilización, y para dar mayor peso a su poder. Construyó estadios y en ellos realizaba mítines. Sus sucesores imitaron esta táctica. Durante la dictadura militar de los años setenta, el gobierno llenó las paredes con afiches con el rostro de Pelé junto a su eslogan: “Ahora nadie puede parar a este país.” Pelé, hay que recordar ahora que se le ve protagonizar comerciales de televisión, no solo prestó su cara a la causa, se pronunció a favor de la dictadura: “Somos un pueblo libre. Nuestros líderes saben qué es lo mejor para nosotros”, dijo en 1972. En ese preciso momento, señala el escritor David Zirin, Dilma Rousseff, la actual presidenta de Brasil, estaba siendo torturada en la cárcel.

El esquema de pan y circo utilizado por los líderes brasileños funcionó hasta que dejó de hacerlo. Esa es la ironía de este Mundial. Fue idea del expresidente Lula da Silva, el flagelo de la

junta militar y durante mucho tiempo el líder del Partido de los Trabajadores. Él encaminó el dinero público hacia la construcción de estadios e infraestructura, monumentos que marcarían la llegada de Brasil al mundo, que comprobarían que era un BRIC que valía lo que pesaba.

Había muchas fallas en el gobierno que encabezaba Lula, incluida una enorme corrupción. Pero sus logros son difíciles de negar. Decenas de millones de brasileños salieron de la pobreza; la mortalidad y la desnutrición infantil disminuyeron de manera importante. Durante su presidencia se creó una nueva clase media. Y la clase media que emergió —con sus nuevos valores y un mayor acceso a información— ha planteado preguntas acerca de los miles de millones gastados en el festival del fútbol. Los estadios construidos no tienen un futuro posible que justifique su tamaño. Hay muchas razones de peso para asumir que grandes cantidades de dinero terminaron en los bolsillos de los socios de los políticos que autorizaron esas obras. Lo que debería ser la culminación gozosa de la gran historia del fútbol brasileño ha desembocado en protestas callejeras.

Durante la última década he experimentado mi propia desilusión con el fútbol brasileño. Como esa clase media inquieta, he visto demasiado. Al hacer reportajes sobre la corrupción del deporte, he sido testigo de lo poco tocado por esa podredumbre. Y sin embargo, mi fascinación se mantiene. Llevaré a mis dos hijas a Brasil a ver el Mundial. Para prepararlas, vimos videos de Neymar gambeteando, de Ronaldinho dominando el balón y de la supremacía del equipo de 1970. También les conté por primera vez acerca del pasado errabundo de su abuela y sobre lo impredecible de la historia; les conté cómo si su bisabuela hubiera solicitado una visa algunos años antes el destino de ellas habría sido distinto. Quizá sean demasiado pequeñas para comprender lo que significa, pero estarán sentadas en las gradas con sus primos brasileños y cada uno de nosotros estará enfundado en amarillo canario. —

Traducción de Pablo Duarte.

Originalmente publicado en The New Republic.



+El INE podría haberse seguido llamando IFE aunque sus facultades cambiaran.

MÉXICO LO “NACIONAL” DEL INE

IVÁN GARCÍA GÁRATE

El Instituto Federal Electoral (IFE) dejó de existir y se ha transformado en una nueva institución pública que lleva por nombre Instituto Nacional Electoral (INE). El cambio de “federal” a “nacional” no es solamente un cambio de nombre sino una reforma a las facultades y funciones definidas en el texto constitucional que amplía la participación que el nuevo instituto tendrá en las elecciones locales de las entidades federativas. Esta reforma también desaparece a los institutos electorales estatales y centraliza toda función electoral en una sola institución: el INE.

En la Constitución mexicana no hay una definición de lo que es “nacional”: no se trata de una categoría definida *a priori* que indique ciertas características o funciones de una autoridad. La *naturaleza jurídica* de una institución pública se define a partir de las facultades y funciones establecidas en la norma jurídica, no necesariamente a partir de su denominación. En la Constitución se habla de institutos nacionales, de comisiones nacionales, de una universidad nacional y de un plan nacional, entre otros. Cada una de estas instituciones públicas tiene características tan diversas que es imposible hacer una definición homogénea de lo

que se entiende constitucionalmente como “nacional”. En ese sentido, el cambio de nombre —que costará millones al erario— era totalmente innecesario: el INE podría seguirse llamando IFE aunque sus facultades y funciones se modificaran.

El cambio de facultades entre el IFE y el INE es, de acuerdo con los legisladores,* una respuesta constitucional para combatir los intereses políticos que inciden en los procesos electorales en las entidades federativas. En otras palabras, los institutos electorales locales no garantizaban “condiciones de legalidad, certidumbre, equidad y transparencia debido a la intromisión de otros Poderes” en las decisiones de estos órganos; por ello se les retiran las “funciones más controvertidas [...] que han puesto en duda su imparcialidad” para fortalecer a la institución electoral nacional y garantizar elecciones locales dentro de un marco de legalidad e imparcialidad.

El cambio se traduce entonces en la modificación de las relaciones entre la autoridad electoral central con los organismos públicos locales para realizar las elecciones de las entidades. Anteriormente, la relación entre el IFE (a cargo de las elecciones federales) y los institutos electorales estatales (a cargo de las elecciones locales) era de independencia y autonomía: cada uno

* Exposición de motivos del dictamen de reforma político-electoral del Senado de la República: <http://goo.gl/Dx5U5j>

de ellos actuaba en ámbitos electorales distintos. Ahora, el Instituto Nacional Electoral es una autoridad centralizada encargada de la realización de las elecciones federales y locales, por lo que se eliminaron los institutos electorales estatales y se crearon los Organismos Públicos Locales Electorales (Oples), cuya autonomía e independencia operarán solo en cuanto a ciertas decisiones y funciones —como las relativas a los derechos y las prerrogativas de candidatos y partidos políticos, las políticas de educación cívica o la declaración de validez de elecciones—, pero en general son dependientes del órgano central.

Algunos de esos cambios son más significativos e ilustran esta nueva relación. El primero es la forma de la integración y designación de los consejos generales de estos órganos públicos locales. Antes de la reforma, el número de integrantes de los consejos generales de los institutos estatales y su designación los decidían los Congresos locales. Ahora, la integración de los consejos de los organismos públicos locales se define de forma general en la Constitución (seis consejeros electorales y un consejero presidente en todas las entidades federativas) y será el INE quien designe a los consejeros de estos organismos.

El segundo es la posibilidad de delegar a los Oples algunas facultades en la realización de las elecciones locales y en cualquier momento recuperarlas. Algunas de estas facultades que ahora corresponden al INE son la capacitación electoral, la geografía electoral; el padrón y la lista de electores; la ubicación de las casillas y la designación de los funcionarios de sus mesas directivas; las reglas en materia de resultados preliminares, encuestas y conteo rápido; la impresión de materiales electorales y la fiscalización de los ingresos y egresos de los partidos políticos y candidatos. Los primeros ensayos para estas nuevas funciones y para el ejercicio de facultades del INE —o, en caso de delegarlas, de los Oples— se realizarán en las elecciones locales del 2015 en diecisiete estados de la república.

En tercer lugar, y quizá el cambio que ilustra de forma más representativa el carácter nacional que ahora tendrá

el INE, está la facultad de atracción de cualquier asunto de la competencia de los órganos electorales locales, “cuando su trascendencia así lo amerite o para sentar un criterio de interpretación”. El ejercicio de esta facultad por parte del INE permitirá decidir y resolver todo lo relativo a las elecciones federales y locales cuando su trascendencia lo amerite. Además, tiene la facultad de interpretar las normas electorales y con ello sentar significados, límites y alcances de los criterios de interpretación electoral. Con esta facultad el INE centraliza el poder de decisión en lo electoral y con ello le da significado a su carácter nacional. —

LITERATURA ENTREVISTA CON MARGARET ATWOOD

✎ MARÍA JOSÉ EVIA HERRERO

Margaret Atwood prefiere hablar de literatura universal, de ecología o de casi cualquier cosa que no sea su obra. Particularmente célebre por sus trabajos de ficción especulativa, Atwood acaba de publicar *MaddAddam*, el libro que cierra su trilogía del mismo nombre. El resultado de ese conjunto (integrado también por las novelas *Oryx* y *Crake* y *El año del diluvio*) es un retrato sombrío de lo que podría ocurrir en el planeta, una vez que entreguemos los recursos naturales a las corporaciones.

+Atwood parece tener una fe inquebrantable en el lenguaje.

Aun cuando disfruta de imaginar posibles futuros desastrosos para la raza humana, Atwood parece tener una fe inquebrantable en el lenguaje, no solo por la cuidada elección de sus palabras o su juego con los géneros literarios, sino por la manera en que sus personajes recurren a las historias para no sucumbir.

Buena parte de sus libros contienen historias dentro de historias, lo cual le permite jugar con otros géneros. Pienso en la novela romántica en *Doña Oráculo* o en la ciencia ficción de *El asesino ciego*. ¿Cuál es su opinión respecto a los géneros?, ¿cree que algunos son “menores”?

No hay “géneros menores”. Hay mejores y peores usos para materiales de todo tipo. Shakespeare usaba todo lo que le cayera en las manos, incluyendo baladas *folk*, cuentos de hadas, comedia del arte, leyendas, chistes verdes, comedia bufonesca, lo que se te ocurra. Don Quijote usa convenciones románticas *kitsch* y las convierte en algo sublime. Y si examinas más de cerca *La vida de las mujeres*, de Alice Munro, podrás ver que la protagonista se abre paso entre convenciones literarias fallidas.

En los cuentos de *Asesinato en la oscuridad* o *The tent* hace nuevas versiones de mitología clásica, ¿qué le atrae de los mitos?



Crecí con ellos, y los conozco bastante a fondo. No es lo que “son”, porque nadie sabe realmente cuándo se crearon o qué solían significar, sino lo que pueden sugerir lo que los hace interesantes, no solo para mí sino para muchos escritores en todas las épocas.

En alguna reseña de su trabajo se afirma que usted parece tenerle más aprecio a sus personajes masculinos y no tanto a los femeninos, que suelen ser “desagradables”. No estoy de acuerdo, pero me pregunto: ¿realmente importa si un personaje es “agradable”, especialmente si es mujer?

¡Es un bonito giro! Antes me solían acusar de lo contrario: buenas mujeres y malos hombres. Este debate de lo “agradable” es en verdad tonto. ¿Leerías un libro en el que todo el mundo fuera amable todo el tiempo? ¡Claro que no! John Keats dijo que Shakespeare disfrutó tanto crear a Imogenia como a Yago. Lo que importa no es si un personaje es agradable. Lo que importa es que esté vivo. Gusto, energía, sorpresas... las muñecas de porcelana no proveen nada de eso.

Sus personajes cambian de nombre o de identidad con frecuencia.

¿Cuál es el papel de la identidad en su ficción?

No sé a qué te refieres con “identidad”... la gente que se disfraza es tan vieja como la literatura. Los dioses lo hacían todo el tiempo. Está en la Biblia. Los estafadores me interesan no por lo que hacen, sino porque pueden inducir a la gente a creer cosas acerca de ellos.

Me refería a los nombres y al pasado. Por ejemplo, muchos personajes de *Oryx y Crake* cambian de nombre, y en *El cuento de la criada* la criada pierde el suyo. Es cierto que no es truco nuevo, pero ¿qué pretende explorar al usarlo?

No estoy segura de que sea un truco. Puede ser una condición del potencial de multiplicidad y variedad en cada personalidad individual. Fernando Pessoa tenía al menos setenta heterónimos: cada uno escribía cosas diferentes con una escritura distinta. Ese es un

extremo, pero la mayoría de las personas sienten que tienen muchas personalidades escondidas dentro de ellas. Y a veces les dan diferentes nombres.

Pero también los nombres se guardan en una parte distinta del cerebro que otros sustantivos. Y además son arbitrarios: no hay razón por la cual alguien se llame “John” o “Mary”. En algunas culturas se te asignaba un nombre al nacer, pero después otro una vez que te lo ganabas y tal vez un tercero después de un evento importante, como Alejandro Magno o Guillermo el Conquistador. Todas esas historias de parentesco (¿quién lo habría pensado?, ¡en realidad eres el Duque de Tal Lugar!) resultan de esto. Ahora imponemos títulos como presidente o canciller, pero es la misma idea.

Respecto a mí, tengo dos nombres. Uno escribe libros, el otro está contestando esta pregunta.

Sus creencias políticas, como la equidad de género y la importancia de la ecología, están presentes en todo su trabajo. La última es una parte crucial de su trilogía *MaddAddam*. ¿Qué quería lograr al contar esta historia?

Si te refieres a si tengo un eslogan publicitario o una meta medible, no. Las novelas son una exploración, abren puertas. No resuelven problemas o proclaman teologías. Escribo sobre lo que me interesa, no espero que le interese a nadie más.

Si las novelas son una exploración, ¿qué pretendía explorar con la trilogía? Ha dicho que se trata de ficción especulativa porque los eventos que narra podrían suceder con facilidad, ¿tiene esperanza en que podamos evitarlos?

Nadie puede predecir el futuro con total certeza. Como dijo alguien: estos libros se escriben para que futuros como estos puedan evitarse, no para que sucedan. Y no soy la única persona que piensa en esa clase de escenarios.

Respecto a por qué exploro esas posibilidades: escribo sobre las cosas que me interesan, y me parece que la posible suerte de la raza humana es un tema bastante interesante.

¿Qué tan importante es continuar discutiendo la disparidad de género en la literatura y en los premios? Algunos parecen pensar que el debate ha terminado porque una mujer ganó el premio Nobel.

En los setenta muchos hombres que escribían se quejaban porque de repente fueron apareciendo muchas mujeres escritoras importantes. En los cincuenta y sesenta, los escritores fuertes eran sobre todo hombres. Y así podemos seguir.

Pero hagamos un par de preguntas: ¿quién decide qué es “bueno”?, ¿y por qué la gente dice “sé un hombre” pero nunca “sé una mujer”?

Espero que estos debates continúen. Siempre habrá quien se sienta maltratado, quien crea que los hombres se salen con la suya o que, por otro lado, una mujer que gana un premio ajusta el balance de género para la siguiente década. Así que claro, hay que discutir. Pero sabiendo que es un terreno complicado.

En un pasaje de *La maldición de Eva* dice que lo que los hombres más temen es que las mujeres se rían de ellos, mientras que las mujeres tienen miedo de que los hombres las maten. Dado que México es uno de los países más peligrosos para las mujeres, me gustaría que hablara sobre la violencia de género.

La violencia ha estado presente durante mucho tiempo, al menos desde el descubrimiento de la agricultura, pero está fuera de control en este momento, en parte porque la cadena de venganza que solía existir se ha roto, y en parte porque hay mucha desesperación causada, en mi opinión, por la desigualdad social extrema. Algunos grupos son presa fácil, y pueden ser explotados con impunidad. Las pobres mujeres están al final del montón, ¿quién las va a defender?

Finalmente, quiero tocar su presencia en línea, que le ha dado una audiencia nueva, pero también he leído entrevistas donde habla con preocupación de la vigilancia a través de internet, ¿cuál es su relación con este medio?

Es una herramienta, y como cualquier herramienta humana tiene un lado afilado (el que funciona), un lado romo (el que no funciona) y un lado estúpido (con el que te cortas sin querer). Lo esencial de cualquier herramienta es saber cómo manipularla. Su uso para vigilancia es totalmente predecible, y la gente lo ha sabido por años. ¿No quieres que internet te observe? ¡No lo uses! ¡Apágalo! ¡Vive bajo el radar! De otra forma, simplemente asume que no estás solo. —

ALPINISMO LA OBSESIÓN DEL HIMALAYA

DE DANIEL KRAUZE

El 18 de abril de 2014 fue el día más letal en la historia del alpinismo en el Everest. Un enorme bloque de hielo se desprendió cerca de la cascada de Khumbu, propiciando una avalancha que mató a dieciséis sherpas. Después de la tragedia, los grandes periódicos reflexionaron sobre el uso que los alpinistas hacen de los sherpas, a quienes contratan para pavimentar la montaña con cuerdas, equipo y escaleras para facilitar el camino del campamento base a la cumbre. Por sí solas, las cifras, repetidas en el *Financial Times*, el *New Yorker* y el *Outside Magazine*, resultan alarmantes: en la última década, el porcentaje de sherpas que perdieron la vida en el Everest es más alto que el de soldados estadounidenses caídos en Iraq entre 2003 y 2007; el alpinista promedio atraviesa la cascada de hielo, la región más peligrosa de la montaña, entre dos y cuatro veces, mientras que cada sherpa la cruza en veinticuatro ocasiones. Después del accidente, los sherpas han comenzado a exigir mejores salarios y una indemnización más justa para las familias de los que mueren en la montaña.

La historia del Everest es un eloquente microcosmos de arrebatos imperiales: la crónica del choque ideológico entre un pueblo para el que la conquista es un modo de vida y otro que, a pesar de vivir rodeado de montañas inmensas, ni siquiera tiene en su vocabulario una palabra equivalente a “cima”. *Into the silence. The Great War, Mallory, and the conquest of Everest*,



+La historia del Everest es un microcosmos de arrebatos imperiales.

de Wade Davis, recrea minuciosamente el descubrimiento del Everest, las primeras expediciones británicas al Tíbet y los tres esfuerzos trunco por conquistar el pico más alto del mundo, en 1921, 1922 y 1924. En 1903, preocupado por la influencia rusa en Asia Central, el gobierno británico mandó un regimiento militar, liderado por Francis Younghusband, a invadir el Tíbet. Solo en la batalla de Guru, seiscientos tibetanos perdieron la vida, mientras el ejército imperial contó nueve muertos: un periodista, un oficial y siete cipayos. Con la expedición de Younghusband se iniciaría la inquietud occidental por el Everest. Decepcionados al llegar a Lhasa, una de las últimas ciudades desconocidas del mundo, los británicos se vieron obligados a encontrar una nueva “tierra fantástica de lo desconocido” donde clavar el *Union Jack*. Tras comprobar que el Everest es el punto más alto del mundo durante una misión de reconocimiento dirigida por Cecil Rawling, Younghusband y lord Curzon, virrey de la India, decidieron que la montaña debía ser escalada por un equipo exclusivamente británico; como dice Davis, en ello vieron la posibilidad de un “gesto imperial de gran escala”.

Amén de otras complicaciones diplomáticas, la primera expedición

debió posponerse cuando Gran Bretaña entró a la Primera Guerra Mundial, un asunto que recorre cada capítulo de *Into the silence*. Sin ella, es difícil entender el lugar que el Everest ocuparía en el imaginario colectivo inglés durante la década de los veinte, así como la terquedad por parte del Comité del Monte Everest y el Club Alpino por recaudar y gastar una fortuna para conquistar su cima. La enorme mayoría de quienes participaron en esas primeras tres aventuras al Tíbet peleó en la guerra. La figura central fue George Mallory, un hombre al que Davis no necesita esforzarse para darle características trágicas. Para estos veteranos, el Everest fue más que una empresa deportiva. La gran montaña era un enemigo y cada expedición una batalla contra el clima, la altitud, el hielo y la roca. En numerosas ocasiones, los miembros de las misiones hablan de la montaña como si aún estuvieran en el Somme: “los hombres descendiendo el glaciar parecían rezagados del ejército, como los que vi en las calles de Le Cateau en 1914”, escribe Edward Norton en un envío para el *Times*, mientras la geografía de ciertas partes del Himalaya, agreste, gris y estéril, evoca recuerdos de la guerra. “El paso entre Chöbuk y Rongbuk, la planicie atrás y los glaciares adelante, parecen tener la misma

relación que, durante una marcha de la Gran Guerra, tenían los plantíos fértiles de Francia detrás y el campo herido frente a nosotros, pues ambos son valles tristes, que advierten la desolación por venir.”

La narrativa de la montaña trenzada con la Gran Guerra no es un capricho. Davis pinta el ocaso del Imperio británico, un imperio seguro de su superioridad física y moral, de los beneficios que ha exportado al mundo entero, humillado por un conflicto sin sentido y obsesionado con recobrar la dignidad en la punta de un obstáculo formidable. Vestidos con chaquetas de lana, botas de cuero y crampones rudimentarios, los alpinistas hacen todo lo posible para tolerar el embate inclemente de una montaña y un ecosistema que no comprenden: subestiman la importancia del oxígeno suplementario, no saben cómo calcular la llegada del monzón y piensan que fumar les ayudará a aclimatarse. En el camino mueren siete sherpas sepultados por una avalancha en 1922 y dos cipayos en 1924 (al reportar la muerte de los sherpas en un comunicado, un miembro de la expedición del 22 exclama: “¡Todos los blancos están a salvo!”). Las muertes fueron producto del celo de Mallory, quien insistió en un último intento, que culminó en la avalancha, y que en la premura de avanzar hacia un campamento elevado olvidó subir las provisiones necesarias, lo que ocasionó la muerte por hipotermia de otro par de compañeros. Su frenesí tendría un desenlace inevitable: el 8 de junio de 1924, junto a su compañero Sandy Irvine, de solo veintidós años de edad, Mallory emprendió el camino rumbo a la cumbre y ambos murieron.

Para los tibetanos, las montañas eran bastiones de deidades enigmáticas, demonios despiadados y fuerzas místicas. Chomolungma, la diosa, madre del universo, le negó esa primera cima a Gran Bretaña. En 1953, Tenzing Norgay y Edmund Hillary fueron los primeros en alcanzar la cumbre. Es difícil comulgar con la visión pagana que los tibetanos tenían de las montañas, pero parece justicia divina que un sherpa y un apicultor neozelandés, parte de la colonia más



+“Aquí no es que no haya ley, es que nadie la cumple.”

remota de Gran Bretaña, hayan sido los primeros en tocar la punta. No obstante, desde entonces, más de doscientos cincuenta personas han muerto intentando repetir la hazaña. Ciento tres de ellos eran sherpas.

El debate en torno a la cima del mundo ha continuado desde la publicación de *Mal de altura* (Jon Krakauer, 1996), un relato vertiginoso sobre el segundo día más trágico en el Everest que también es una crítica a la comercialización de la montaña. La cantidad de basura abandonada, el número de cadáveres no recuperados y el dilema en torno a David Sharp, un montañista que murió frente a decenas de colegas que camino a la cúspide no se detuvieron para auxiliarlo, son notas al pie frente a lo que ocurrió el pasado mes de abril. Producto de una época brutal y turbulenta, las primeras expediciones británicas por lo menos tenían un propósito, por más confuso que fuera. Hoy en día, el alpinismo en masa explota comunidades marginadas en aras de lograr una meta frívola. En palabras de Werner Herzog, que algo sabe del hombre, su relación con la naturaleza y sus sueños de opio: “Me parece significativo que los sherpas jamás hubieran intentado escalar el Himalaya hasta que un grupo de ingleses aristócratas y aburridos se dieron a la tarea de llevarlo a cabo. No necesitas estar en la punta del Everest para apreciarlo. Hablar de ‘conquistar’ una montaña es un error.” —

CARTA DESDE TRÍPOLI LA REVOLUCIÓN SOLO SE TRANSFORMA

*...el desierto, una casa con paredes de vacío.
Qué miserable para un niño
cuya patria es el desierto,
no disfrutar su vida ahí o vivir lejos del mismo.
Aquel que tiene al desierto como patria,
tiene al vacío como casa...
El desierto paga con vacío el precio
de la felicidad llamada libertad.
Amante del desierto, prisionero de la libertad...
Ibrahim Al-Koni, “Ojos insomnes”*

✎ DIEGO GÓMEZ PICKERING

“El caos se ha apoderado de Libia desde hace meses y la situación empeora por días...”, se lee, de rojo, en una de las descoloridas páginas de la sección internacional de *El País* de finales de mayo. La primera de muchas líneas sobre un “frustrado intento de golpe de Estado” en el país mediterráneo que se añan a las dedicadas a tratar de entender lo inentendible: qué ha pasado en Libia desde el 15 de febrero de 2011. El periódico, manoseado a mansalva, lleva viajando por el subterráneo madrileño más de veinticuatro horas. La pregunta que le antecede escapa a la perspicacia de los consumidores de noticias desde hace más de tres años. Basta plantearla de otra forma para avizorar un atisbo de respuesta: ¿qué ha pasado en Libia desde siempre? En cuanto al periódico no

hay remedio, el internet hace mucho que lo devoró.

La tarde calma de primavera acaricia el malecón tripolitano desde sus confines orientales hasta las puertas mismas de la medina, el corazón de la ciudad otomana, bizantina, romana y fenicia. Toca la tarde el Castillo Rojo y la Plaza de la Libertad, aún pintada del verde que le dio nombre durante los 41 años de gobierno del autoproclamado rey de África: Muamar el Gadafi. Gadafi: desde hace tres primaveras, el enemigo predilecto de todos, desde las fuerzas occidentales que apoyaron el bloqueo aéreo de la OTAN hasta los grupos proislamistas que carcomen al actual gobierno interino y los militares laicos que combaten a ambos.

Muamar, el grande; el general golpista, el líder del pueblo, el ungido del continente negro, el terrorista y el reconciliado con Occidente (y con el dinero). Un bereber, como toda Libia en su momento, que se perdió en sus sueños. Al emular las glorias de Omar Mukhtar, el León del Desierto, en sus batallas de los veinte contra Mussolini que veía en la Cirenaica y la Tripolitania la oportunidad de refundar el Imperio romano, intentó también entender a Libia sin entenderse primero a sí mismo.

Hoy, la brisa que sopla desde el puerto y aminora la sensación térmica hace volar, por entre los balazos a la distancia y los niños en derredor, las banderas multicolores de las tribus bereberas tan reticentes a los invasores árabes como lo es Libia a cualquier explicación.

La terraza del Caffè di Roma, escondido entre los callejones del zoco de los herreros, en la ciudad intramuros, está rebosante. El sol, camino de la Cordillera del Atlas, al otro lado del Magreb, dibuja de rosa pálido los muros de cal de casas y comercios. Entre las mesas se escucha el árabe de melódico acento mediterráneo pero también griego, inglés y, por supuesto, italiano. El humo que sale de los narguiles se confunde con el de puros y cigarrillos, en una pelea encarnizada por alcanzar los campanarios reconvertidos en minaretes desde donde más de algún muecín afina la garganta para interpelar a Alá durante la penúltima oración del día. El café, amargo, se

bebe al mismo tiempo que la infusión con hojas de menta, dulce; un epitome perfecto de la vida en la Trípoli de entreguerras.

El ir y venir es constante, lo mismo de autos que circulan en sentido contrario o entre las aceras, sin respetar semáforos ni policías de tránsito, que de subsaharianos venidos de Nigeria o Eritrea con la esperanza de tomar el primer bote que salga hacia la puerta de Europa, en este caso, la pequeña isla italiana de Lampedusa. Inmigrantes de toda índole que se mezclan con antiguos y nuevos mercenarios y que han hecho de la dilapidada medina su hogar temporal, desde el cual añoran el desierto y temen al mar. "Aquí no es que no haya ley, es que nadie la cumple", reclama sin ánimo Alí, un expleado petrolero convertido en chofer de taxi. Y puede que tenga razón: las armas, sin timidez, son llevadas al hombro al igual que las bolsas del mercado. Cualquier reclamo se salda con un disparo. Nadie a quien decir nada y nada que decir.

Con el canto del muecín emprendo la vuelta al pequeño palacete otomano reconvertido en hotel, término eufemístico si consideramos que sus habitaciones llevan vacías tantos días que al ojiverde encargado le cuesta trabajo hacer cuentas. De camino, el cascarón de las torres de lujo inauguradas por alguno de los críos de Gadafi en los albores del 2011 y el arco romano con su seductor restaurante dibujan un sueño tan irreal como Libia. La noche comienza y el olor a muerto no se va. Las calles se tiñen de un oscuro escarlata imposible de quitar. En Trípoli la revolución nunca terminará pues nunca realmente empezó. —

INDUSTRIA EDITORIAL

PÓLIZAS DE GARANTÍA

JORGE ALBERTO GUDIÑO HERNÁNDEZ

Todos somos consumidores. Compramos artículos o pagamos servicios porque los necesitamos. Al menos, es algo de lo que estamos convencidos. Cuando llegamos a casa con un producto bien embalado, somos testigos de nuestra voracidad. Hay quien arranca la envoltura en un afán por poseer de inmediato el objeto recién adquirido. Otros, más meticulosos, centran sus obsesiones en un cauto procedimiento para abrir el empaque, dejándolo casi en su forma original, como si nunca se hubiera abierto. Con el paso del tiempo, la novedad del producto se agota y, si acaso, queda la utilidad como el referente de una buena compra.

Sin embargo, las cosas no siempre son así. Sucede que, a veces, los productos vienen defectuosos. El televisor no prende, la tintorería nos devuelve el edredón con varios cortes o el automóvil decide no arrancar el día que más prisa teníamos. El enojo suele mezclarse con la impotencia y con la desesperación. Incluso acudimos a una idea superior de justicia para intentar comprender el fenómeno: ¿por qué a mí? Vaya uno a saber: por estadística, porque esas cosas pasan, porque nada es eterno, porque sí.

Si el producto en cuestión es valioso, procedemos a reclamar al vendedor o, en su caso, al fabricante: exigimos que nos haga válida la garantía. Aquí el asunto comienza a volverse enredado. No todo lo que consumimos cuenta



con una póliza; no todas las garantías son iguales.

Así, uno puede exigir, dentro de un plazo insignificante, que le cambien la tele que nunca encendió. También puede sentirse tranquilo respecto a su coche: pese a las molestias, lo más seguro es que se lo reparen. Hay muchas historias de terror en torno a las tintorerías pero se puede correr con suerte. Más difícil es reclamar en un restaurante, por ejemplo. Se me ocurre que resulta imposible llegar a una gasolinera, pedir hablar con el encargado y exigirle la devolución de nuestro dinero solo porque el líquido combustible que nos vendieron no sirve del modo en que suponíamos.

Tampoco se puede exigir que nos hagan válida la garantía de un libro porque, como la gasolina, los libros no cuentan con una póliza. Miento, cuentan con una muy limitada, aplicable solo si los defectos son físicos: le faltan páginas, está mal impreso, mal encuadernado, mal pegado, mal cortado, mal escrito... No, esto último no.

Cuando uno compra una novela desea ciertas cosas de ella. Esperar que simplemente esté bien escrita es como aceptar la idea de que el televisor que acabamos de comprar muestre imágenes poco nítidas o en blanco y negro. No, cuando leemos una novela, sea cual fuere la época en que fue escrita, uno espera que transmita en HD, que dé muchos kilómetros por litro, que sea, pues, el manjar que hemos elegido en la carta. Pero no, a veces debemos conformarnos con una historia bien escrita y solo eso. En ocasiones, ni eso.

Imagino, no sin cierta impudicia, una larga fila de lectores insatisfechos. Están a la espera de ser atendidos en el Departamento de Quejas y Devoluciones de alguna editorial importante. Como suele suceder cuando impera la impaciencia, quienes están formados comienzan a platicar acerca de lo que los tiene ahí, perdiendo su tiempo: el narrador no funciona, la trama está mal orientada, la diégesis resultó inverosímil, los personajes son hartos maniqueos... Justo las mismas quejas que escuchan los empleados del *call center* de una editorial aún más grande.

Resultaría una insensatez pedirle al autor del libro en cuestión que repare



+Una mirada que nos seduce y nos perturba al mismo tiempo.

todos esos dislates. Es como si le pidiéramos a quien diseñó cierta licuadora que se ocupara de componerlas todas. Si acaso, podríamos avisarle para que ya no incurra en esa clase de errores. Los ya cometidos podrán remitirse a un técnico especializado en reparación de daños. Así como el tintorero no puede restaurar a su estado original la prenda maltratada, estos técnicos tampoco podrían hacer demasiado. Si acaso, escuchar al lector iracundo y defraudado, cuyos deseos no han sido debidamente interpretados. Con suerte, tijeras, pegamento y mucha paciencia, además de un *stock* considerable de fragmentos de novela, el técnico podrá reparar el daño y entregar, al final del día, una carpeta de argollas con una obra que funcione; una obra de retacería pero al menos eficaz.

Esto, claro está, si el lector es tan exigente como para reconocerse embaucado pero no tanto como para volverse inflexible. Existen comensales que devoran lo que se les sirva y otros muy quisquillosos que esperan obtener lo justo por su dinero. También existe ese tipo de lectores: los que saben que ningún arreglo basta para hacer funcionar el libro en turno. Entonces el técnico suspirará resignado. Tomará un catálogo y le ofrecerá intercambiar esa mala novela por otra. Si la fortuna está de su lado, el lector aceptará. De lo contrario, habrá que devolverle su dinero.

Pero las editoriales no son bibliotecas. El supuesto de la devolución de ejemplares es solo un buen deseo. Como consumidores, debemos hacernos a la idea de que no todos los productos tienen garantía. Con los libros, al menos, esta falta de certeza le brinda una buena dosis de emoción a la

lectura. Eso sí, lapidarios como somos, basta una insignificancia para condenar a un libro, autor y editorial a la ignominia. Es la forma más eficaz que conocemos de hacer válida esa garantía. —

TAXONOMÍA EL CINE QUE NOS MIRA

MANUEL PEREIRA

Paradójicamente un arte tan retiniano como el cine nació en conflicto con el ojo: el cohete de Méliès deja tuerta a la luna, la navaja de Buñuel corta un ojo, en la escalinata de Odessa (Eisenstein, 1925) una señora recibe un balazo en sus lentes ensangrentados, para Dziga Vertov la cámara era un ojo fílmico más perfecto que el humano... finalmente Porter termina *El gran robo al tren* (1903) con un cowboy ceñudo que dispara su revólver directamente a cámara —o sea a nuestros ojos— rompiendo así, por primera vez, la cuarta pared.

A partir de ahí se desplegará una estirpe de ojos endiablados que nos acechan ya desde *Los vampiros* (Feuillade, 1915), en particular con Musidora, la musa de los surrealistas. Esas miradas hipnóticas se prolongan en el sonámbulo Cesare y su siniestro amo, el doctor Caligari (Robert Wiene, 1920), en las pobladas cejas de Nosferatu (Murnau, 1922), en las macabras cuencas de Lon Chaney interpretando al fantasma de la ópera (1925) y en la penetrante mirada de Bela Lugosi (*Drácula*, 1931).

Pero hacía falta una mirada más humanizada para que el séptimo arte se reconciliara con su naturaleza visual, lo cual logra Chaplin al final de *Luces de la ciudad* (1931). El inmortal vagabundo sabe que la florista (Virginia Cherrill)

puede verlo por primera vez para descubrir que está muy lejos de ser el millonario que ella soñaba. “Yes, I can see now.” Los ojos de Charlot brillan intensamente en la pantalla. Con la flor en la mano y el índice pueril entre los dientes, su dicha, su vergüenza y su timidez son inolvidables. Toda la poesía del mundo cabe en ese minuto de cine que siempre me remite a Antonio Machado: “El ojo que ves no es / ojo porque tú lo veas; / es ojo porque te ve.”

Después vendrá la mirada ensimismada de Ingrid Bergman en *Casablanca* (Curtiz, 1942). “Play it, Sam, play ‘As time goes by’.” El pianista empieza a cantar y ella se queda pensativa, mirando al infinito o al vacío, como ausente, con la mirada vuelta hacia el interior de sí misma.

Disculpen el lugar común: los ojos son el espejo del alma, la zona más blanda de nuestro cuerpo donde se diluyen las más disímiles emociones en una evanescente acuosidad metafísica. Ninguna otra forma de arte ha conseguido retratar tanta fugacidad espiritual como el cine.

Pero de vez en cuando los ojos retornan a su vocación maligna. Al final de

Sunset Boulevard (Billy Wilder, 1950), Gloria Swanson baja la escalera acercándose a la cámara con su mirada de loca sublime. En *Psicosis* (Hitchcock, 1960), Marion Crane apuñalada nos mira desde el suelo del baño. La cámara se regodea en el ojo de Janet Leigh que inunda la pantalla. Es la muerte de una mujer hermosa, como le habría gustado a Poe. Una mirada yerta que nos recuerda a Pavese: “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.”

Hay otras formas de mirar: frías e implacables. La mirada victoriana de Judith Anderson, ama de llaves en *Rebeca* (Hitchcock, 1940), reaparecerá al año siguiente en Agnes Moorehead, la madre del ciudadano Kane (Orson Welles, 1941), y más tarde en la tiránica enfermera de *Atrapado sin salida* (Milos Forman, 1975) cada vez que espía al desenfadado Jack Nicholson. En *Rashomon* (1950) Kurosawa nos impresiona con la mirada de desprecio que el samurái amarrado le dedica a su esposa.

Un verano con Mónica (Bergman, 1953) nos depara la mirada más sensual del séptimo arte. Harriet Andersson mira directamente a cámara, nos seduce y

nos perturba mientras rompe la cuarta pared una vez más en la historia del cine. Lo mismo ocurre cuando la mirada despistada del protagonista se congela en pantalla al final de *Los cuatrocientos golpes* (Truffaut, 1959). La antítesis de esos desamparados ojos de Antoine Doinel la veremos un año después en el plano final de *La dolce vita*. Al igual que el director francés, Fellini sitúa la escena en la playa, con ruido de olas al fondo, para mostrarnos la mirada risueña de la muchacha enamorada de Mastroianni. De pronto, esos ojos optimistas se vuelven ligeramente hacia el espectador, rompiendo de nuevo la cuarta pared.

Pero hay otras paredes en riesgo, como en la película *1984*, de Michael Radford, cuando un cuadro se desprende del clavo y los asustados personajes descubren que detrás hay una cámara oculta que los ha estado vigilando todo el tiempo.

Nuestra civilización tan frenéticamente óptica ha suplantado el ojo de Dios por el ojo ciclópeo del Big Brother: un panóptico que nos acecha incluso en dictaduras disfrazadas de democracias. —

Novedades editoriales



Casa Abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA



La lira y el laurel
Francesco Petrarca



Naturaleza muerta / Casa del desespero
Mónica Manour / Mogali Lara



Diseño MX
Marco Vinicio Ferruzca Navarro
(coordinador)

De venta en:

- Librerías UAM
- EDUCAL
- FCE
- Gandhi
- Sótano
- Péndulo



El cuarto paradigma
Tony Hery, Stewart Tansley y Kristin Tolle
(editores)



Hacia una mejora de políticas para la ecoinnovación
OCDE



LibrosUAM

www.casadelibrosabiertos.uam.mx